

Tzvetan Todorov, *La littérature en péril*, Flammarion, Café Voltaire, 2007, 94 pp.

El teórico de la literatura, el semiólogo y el estudioso de la alteridad Tzvetan Todorov alerta en su último libro sobre el peligro en el que se encuentra la literatura. Señala los males que aquejan a la enseñanza de ésta en Francia al tiempo que propone nuevos enfoques para la disciplina y la crítica. Parte de su biografía para explicar su trayectoria intelectual, la influencia de sus estudios en la enseñanza y sus nuevas posiciones. Analiza el estado actual de la creación literaria como fruto de una concepción cuyos antecedentes y evolución expone cronológicamente. Presenta así un panorama histórico de la estética moderna. Acaba su ensayo con una doble defensa: la de los nuevos métodos de interpretación para captar el significado de la obra y la del papel de la literatura en los estudios de tipo social.

Para el autor, la literatura, tal y como se estudia en la enseñanza media y superior, está reducida al absurdo. No se analizan las obras en sí, sino que éstas sirven para ejemplificar diferentes procedimientos técnicos o métodos de análisis. Se privilegia la jerga, los enfoques internos y las categorías aducidas por la teoría literaria. La obra se presenta como un objeto lingüístico cerrado, no como una interpretación del mundo. La consecuencia de tal tipo de enseñanza ha sido la caída drástica del número de estudiantes de letras y la indiferencia que produce en el extranjero la literatura actual francesa. Y es que esta concepción reductora de la literatura no es exclusiva del ámbito educativo, sino que se encuentra en los críticos literarios, periodistas e incluso escritores. Tres tendencias se perfilan en la literatura actual: formalismo, nihilismo y solipsismo. Tres tendencias que refuerzan la idea de que el universo representado en el libro es autosuficiente y carece de relación con el mundo exterior, de que no existe un mundo común al creador y al lector. El formalismo cultiva las construcciones ingeniosas. El nihilismo ofrece una visión sombría de la naturaleza humana que no admite cuestionar la pertinencia de esta visión. La exploración narcisista del escritor, que de espaldas al mundo se complace en estudiarse, es expresión del solipsismo.

El porqué de esta situación se encuentra, a su juicio, en el cambio que se produjo en Francia en los estudios universitarios durante los años sesenta y setenta al adoptar dogmáticamente el estructuralismo. En décadas anteriores tampoco se estudiaba la obra en sí, su sentido. Se privilegiaba el estudio de todo lo que rodeaba a la obra: biografía del autor, fuentes, variantes, repercusiones en los contemporáneos...Y todo ello desde una perspectiva estrictamente nacional e histórica. La ideología del mayo del 68 constituye el movimiento de péndulo que va de lo exterior de la obra a lo interno de ella sin detenerse en un punto de equilibrio entre forma y sentido.

Teodorov se había interesado por los aspectos estilísticos y formales en su Bulgaria natal como medio para escapar a la propaganda y doctrina comunistas. Ya en Francia, junto con Genette y Barthes, se convirtió en uno de los precursores de la poética de la narración y en motor del cambio en los estudios universitarios. A él se le debe la traducción de los formalistas rusos.

Pero pronto se dio cuenta de que la poética era algo limitado porque no hablaba del sentido del texto. El análisis interno debe completar al externo con el objetivo de comprender el sentido de la obra.

Obviar el sentido de la obra literaria, considerar que ésta no está en relación significativa con el mundo no es algo propio de nuestro tiempo, sino una tesis que se va abriendo camino desde la época moderna. La relación entre belleza y verdad aparece en la teoría clásica de la poesía. Aristóteles la ilustra concibiendo la poesía como imitación de la naturaleza; Horacio, con su delitar enseñando; la Edad Media usa la poesía para la transmisión y glorificación de la fe cristiana, el Renacimiento y el Barroco unen la verdad y la belleza al bien. Esta concepción se quebranta en la modernidad de dos maneras, ligadas ambas a la secularización de la experiencia religiosa y a la sacralización del arte. La primera, al identificar al poeta con Dios en el acto de la creación de su obra; la segunda, al determinar que el objetivo del arte es producir belleza, una belleza que no conduce a nada exterior a ella misma. Tal interpretación de la belleza no es más que una laicización de la idea de divinidad, cuya fuente estaría en Platón con su contemplación desinteresada de las ideas. En el siglo XVIII la contemplación estética, el gusto por lo bello y su juicio se consideran entidades autónomas. Surge así la ciencia de la percepción, la estética, en la que se adopta la perspectiva del receptor, no la del creador. Es toda una revolución. Diviniza al artista que crea su objeto sin utilidad sólo para ser contemplado. Otra consecuencia es la reunión de todas las artes. Les une el hecho de ser objetos de contemplación. De ahí surge la necesidad de espacios para contemplar: el museo. Espacio que a la larga otorgará el título de obra de arte al objeto en él depositado. En este momento se sacralizan el arte, la libertad del creador, la obra autónoma sin finalidad externa. La obra se dirige al público que se convierte en la llave de su éxito. Pero los filósofos del siglo de las luces no buscaban cortar la relación entre lo bello y el mundo. Distinguían entre poetas y filósofos, separaban la actividad poética de la filosófica pero dentro de un género común y ambas actividades convergían en ofrecer una mejor comprensión del hombre y de la sabiduría. La verdad de la poesía, diferente a la de las ciencias, radica en la verosimilitud y en la armonía de los elementos internos. Kant hablaba de la belleza desinteresada que es al tiempo símbolo de la moralidad. La belleza es subjetiva pero puede reconocerse por la armonía de sus elementos y por el consenso del público. Hay que notar el rechazo que encontró en su tiempo la formulación de Lessing « el arte por el arte » en, por ejemplo, Benjamin Constant, quien afirmó categóricamente que la poesía pura no existía y se resistió a considerarla como un fenómeno aislado. Fruto de esta polémica surge la obra de Mme de Staël *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*.

Para los primeros románticos el arte sigue siendo una vía para acceder al conocimiento del mundo, un conocimiento superior al de las otras ciencias. Las ideas del arte por el arte no se tomaron aún al pie de la letra. Baudelaire buscaba la verdad, una verdad de naturaleza diferente a la de la ciencia. El poeta para él tiene altos deberes y su misión es la de descifrar el mundo. Flaubert insistía en la autonomía del arte, en su pasión por el conocimiento del

mundo y en la relación indisociable entre la verdad de una obra y su perfección. Para todos ellos crear mundos maravillosos y más durables que el mundo real implicaba que el arte no rompía su relación con éste.

La ruptura se produjo a partir de las tesis de Nietzsche que cuestionó la existencia de toda verdad. A partir de ahí la pretensión del arte al conocimiento fue ilegítima. Las tesis de Winckelmann y de Karl Philipp Moritz triunfaron: la belleza no debe hablar de nada que sea exterior a ella. Este postulado fue difundido por las vanguardias. Como consecuencia, se produce una divergencia entre la literatura popular, que sí tiene relación con el mundo, y la literatura considerada culta, dirigida a lectores profesionales, críticos y profesores que se deleitan con sus proezas técnicas. La primera Guerra Mundial y sus consecuencias políticas generaron dos tipos de planteamientos. En los regímenes totalitarios el arte se puso al servicio de la doctrina política como herramienta para modelar una nueva sociedad. Mientras que en los países libres se defendió la ausencia de vínculos entre arte y literatura, como si el rechazo del marxismo exigiera tal antítesis. A finales del siglo XX y principios del XXI, aunque coexisten diferentes planteamientos, predominan los representantes del formalismo-nihilismo-solipsismo.

En tal contexto Todorov se pregunta qué puede hacer la literatura. Su respuesta es dar sentido a la vida, pues la literatura aspira a comprender la naturaleza humana. Los libros deben servir para liberar la mente de los jóvenes de hoy, tan solicitada por la imagen, pues leer novelas, por ejemplo, se aparenta, según Richard Rorty, a conocer nuevas personas, a ampliar nuestro horizonte.

La enseñanza de la literatura debe permitir acceder al sentido, lo cual conduce al conocimiento de lo humano. Entendida así, la literatura ayudará a ejercer las profesiones basadas en las relaciones humanas, en vez de generar únicamente nuevos técnicos de literatura. La crítica, por su parte, debe tener como objetivo el comprender el sentido del texto. Para lograrlo debe utilizar todos los métodos de análisis pertinentes, tanto externos como internos, tal y como ha hecho el americano Joseph Frank en su magno estudio sobre Dostoïevski.

Este libro que denuncia la situación de los estudios de literatura en la enseñanza media francesa se enmarca en un contexto de crítica generalizada al sistema educativo, en crisis desde hace ya varias décadas. La crítica a las prácticas concretas se convierte en crítica a la ideología que las generó y las sustenta: la del Mayo de 68. En esto tampoco es original el libro, pues viene a sumarse a otros ensayos que combaten ese pensamiento en otros ámbitos: filosófico (Luc Ferry), histórico-político-social (Jean Seville). El peso simbólico del autor, el tono mesurado, el pertinente análisis de la génesis y evolución de las ideas modernas sobre el arte otorga al texto un valor superior al de otros panfletos. Para el lector general español, este libro ilustra los ejes de reflexión del ensayismo actual francés. Para el especialista en literatura, sus afirmaciones sobre la pobreza de la poética y su entusiasmo sobre el eclecticismo metodológico pueden ser fructíferas.

María Dolores Alonso-Rey